DIOS EN MI

POR UN

CARMELITA DESCALZO

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 34

SEVILLA-3

Censura de la Orden

Nihil obstat

Fr. Pedro-Tomás de la Sagrada Familia, O. C. D.
Fr. Celestino de Jesús, O. C. D.
Madrid, 7-III-1966.

Imprimatur:

Fr. José-Antonio de San José.
Provincial de CC. DD.
Madrid, 8-III-1966.

Censura del Obispado

Nihil obstat

D. Hermenegildo López.
Madrid, 6-X-1966.

Angel, Obispo Aux. y Vic. Gen.
Madrid, 11-X-1966.

ISBN: 84-300-9712-0
Depósito legal: M. 23.511-1983

Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L. Ronda de Toledo, 24. Madrid-5.

PARA MI. ANTES DE EMPEZAR

Leo en el libro de la *Sabiduría*, hablando con Dios: *Porque el conocerte a Ti con fe viva es la perfección de la justicia, y el conocer o confesar tu justicia y poder es la raíz de la inmortalidad* (*Sabiduría*, XV, 3).

Esta hermosísima verdad me llena de esperanza de vida eterna y me anima para mi deseo de vida espiritual, y trato y recogimiento con Dios, y me llena de delicadísimo gozo. Quisiera que todos participaran de este gozo viviendo esta verdad.

La leo también en Aristóteles, expresada a su modo, guiado de sola la razón natural cuando escribía que nada hay más hermoso que pensar en Dios. Y la explanaba Platón diciéndome la delicia de tratar con Dios e irse despojando de lo corpóreo para prepararse a ir con Dios, todo espíritu, luz y belleza, y con Platón y Aristóteles lo repetía más tarde Cicerón. Y con la certeza de la fe me lo dice Santo Tomás con frase categórica, y lo leo repetido de mil modos en los escritos de los santos. Santa Teresa no se cansaba ni de hablar de Dios ni

de decir que en pensar y hablar de Dios está la mayor delicia.

Mucho he gozado pensando en Dios, hermosura y bondad infinita y cúmulo de todas las perfecciones. He experimentado que lo más hermoso y deleitoso es tener puestos el pensamiento y el corazón en Dios, sol de toda claridad y belleza, creador de todo bien y manantial de todo amor. Dios, el Omnipotente, el Infinito en toda perfección, el Sumo Bien y todo bien, es el sumo ideal y la suma realidad. ¿En qué belleza o en qué bien puedo pensar que ni aun muy remotamente se parezca a esta infinita belleza e infinito bien? Y es mi Dios y me ha criado para comunicarme sus perfecciones y su misma vida, ¡y está en mí!

Mucho he gozado pensándolo y mucho he deseado que todos viviesen este bien.

Muchísimas almas hay en el mundo que son muy santas y gozan viviendo tan noble y hermosa vida.

Esta verdad, grabada en lo íntimo del alma, es manantial que llena de alegría y de virtudes tantas almas como hay de vida interior. Piensan que viven en el que eternamente han de conocer, y poseer y gozar, y saltan de gozo.

Esta verdad hace que *el alma del justo sea un paraíso donde Dios se recrea.*

Vivir esta verdad hará de mi alma *un jardín floridísimo,* con la dulzura y encanto de todas las

virtudes, e iluminará mi alma con toda la belleza y claridad del cielo. ¿Puede haber más encanto ni más belleza ni más claridad que el mismo Dios?

Esta divina luz me atraerá para que *mis conversaciones sean con los ángeles* del cielo, y mi pensamiento esté atento, como el de ellos, a la belleza infinita de Dios, y Dios será mi perpetua delicia. Si tengo en Dios mi pensamiento, repetiré con gran verdad el pensamiento del poeta Pemán:

> Desde aquel día, por los más cimeros
> picos de mi esperanza levantado,
> estoy de tu Hermosura sin linderos
> con este amor total enamorado.

Dios sea mi ilusión y mi trato en la tierra como espero sea mi felicidad perpetua viéndole en el cielo.

Madrid, 15 de octubre de 1965.

PRIMERA LECTURA - MEDITACIÓN

ESTOY RECOGIDO Y ATENTO A DIOS, MI PADRE Y SUMO BIEN

1. Todas las Ordenes religosas exhortan a sus religiosos a recogerse unos días en silencio y retiro absoluto o casi absoluto con Dios muy a solas. Han visto los legisladores que es una necesidad para mantener viva la aspiración a vivir la vida santa que abrazaron. La inconstancia de esta pobre naturaleza humana hace decaer del primer fervor cuando no se la sostiene con los retiros.

El alma fervorosa piensa con santa ilusión en los retiros espirituales y más en los de varios días continuos. El día del retiro será un peldaño que subiré en la escala de la santidad; habré recibido un grado de más intensa luz de Dios; habré crecido algo en el divino amor... Es una santa ilusión y una más santa realidad sensible en los principios.

Esta santa y sensible realidad y esta determinación de reafirmarnos en los deseos y en los propósitos e ir creciendo en ellos llega a pasársenos desapercibida, y aun a marchitarse, si no la cultivamos cuando seguimos experimentando las mismas dificultades o quizá mayores que experimentábamos antes de los días de retiro y reincidimos en las mismas caídas.

Aun cuando parezca nos hemos ofrecido y entregado al Señor con toda determinación, no desaparece tan pronto esta nuestra flaqueza humana, y permite Dios tengamos que sentirla y vivirla durante bastante tiempo para que seamos más humildes y para que le seamos más agradecidos cuando nos haya fortalecido y sacado de nuestra nada.

No debo yo perder esta santa ilusión, antes debo fomentarla y pedir al Señor me la aumente; porque ella me estimulará a cumplir mis propósitos y conseguir las virtudes y la vida interior que deseo.

Quiero recogerme íntima y calladamente con Dios muy a solas en estos días. Toda mi vida de religioso debe ser de ejercicios espirituales, porque la vida del religioso que ha consagrado su vida a Dios debe ser retirada de lo mundano y de lo que disipa y muy atenta a Dios, muy puesta y metida en Dios, viviendo dentro de Dios mismo, haciendo su voluntad, pues está ofrecido, y mirándose como envuelto y empapado en las misericordias del

Señor. Pero quiero en estos días abstraerme con mayor diligencia de toda otra ocupación que no sea esta, dejando aun las obligaciones ordinarias que no sean imprescindibles. Quiero que esté mi alma sola con Dios, en súplica, en alabanza, en amor, y mire humilde a Dios sólo con mi alma para vivir y aprender a vivir para el futuro el pensamiento de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz: «*Viva como si no hubiese en el mundo más que Dios y ella, para que no pueda su corazón ser detenido por cosa humana.*»

2. Dios mío, que de tal manera esté yo en las cosas como si no fueran nada, y de tal modo atienda yo a Vos como si sólo existiésemos Vos y mi alma. Dios en mi alma dándome y conservándome el ser y cuanto soy y mi alma en Dios recibiéndolo todo de El. Dios todo para mí y mi alma toda para Dios y en el mismo Dios. Que haya relación mutua y continua de amor, de agradecimiento, de entrega. Si así vivo, estos días serán para mí de grande eficacia, de grandes y claras iluminaciones, de grandes determinaciones y de muy intenso y apacible gozo. ¿Puede haber mayor gozo que darse cuenta que está a solas con Dios, amándole y sabiendo que es amada de Dios? Esto me fortalecerá para vivir en lo futuro mi vida cada día más perfectamente y crecer más en el amor de Dios. Poned, Dios mío, vuestra luz y vuestra fortaleza,

vuestra gracia y vuestro amor, en mi inteligencia, en mi voluntad y en mi corazón, para que nunca me canse yo ni me desaliente de querer trabajar por amarte más y más.

Sé yo muy bien que el que quiere con humildad y se determina con firmeza, confiando en Vos, llega a amaros no sólo con el amor y las virtudes que soñaba, sino con un amor inmensamente más intenso y con unas virtudes mucho más perfectas, porque sois Vos, Sabiduría y Hermosura infinita, quien la ponéis en las almas como ellas no pueden nunca imaginarse, y sé que estáis íntimo en mi alma y estáis deseando realizar esta obra maravillosa en ella en el momento en que yo me disponga.

Conozco muy bien mi nada y mi inconstancia, y os pido y suplico, Dios mío, que vengáis en mi ayuda y obréis la obra de vuestro amor en esta alma mía, aun cuando yo no me hubiera preparado ni hubiera correspondido como yo quisiera y como Vos queréis. Suplid Vos, Padre amantísimo, las deficiencias de mi pobreza. Sed el sol de amor que ilumine mi alma, que derrita mi frialdad y encienda en mí la llama de vuestro amor. Haced que este jardín de mi alma dé flores de belleza y de fragancia y sazonadísimos frutos dignos de Vos.

3. Voy a recogerme en estos días no para meditar en los novísimos, como suele hacerse, sino para mirar a Dios infinito en todo bien, que está

en mí y quiere comunicarme sus mismas perfecciones en la proporción que sea mi fidelidad. Es el ideal más alto y hermoso que puede tenerse y el tema más encantador que puede haber. Pensar y pensar amorosamente en Dios; pensar lo que Dios quiere hacer en mi alma y lo que mi alma llegará a ser si es fiel, dejando obrar a Dios en ella. Pensar cómo será mi alma toda de Dios y cómo participaré de esas divinas perfecciones. Pensar la confianza y la atención que he de poner en Dios y mi agradecimiento hacia El, viendo que se hace mío y que quiere sobrenaturalizar mi alma.

Mira, alma mía, a Dios infinito dentro de ti. Mírate a ti, nada como eres, envuelta y empapada en la infinita hermosura de Dios y que se te da a ti y te da sus perfecciones. No estés sola, sino mírate a solas en la altísima y confidencial compañía de Dios, tu Dios infinito, que te pide tu amor y te da el suyo. Mírale muy dentro de ti y hecho muy tuyo. Toda la creación, con sus maravillas y grandezas, es como nada delante de Dios y por ello mira como si sólo existiese Dios para comunicarte amor a ti y como si sólo existieses tú para dar tu amor a Dios.

No está Dios sólo allá lejos, en la luz que tú imaginas del cielo; está también en ti. Dios mío, estás todo en mí, llenándome, y mi alma está en Ti, dentro de Ti, deseándote. Dios, el infinito, el omnipotente, el que es hermosura infinita y amor

infinito; el que es la bondad, y la alegría, y la felicidad, está en lo íntimo de mi alma, haciéndose mío y para mí.

Me ha llamado a la religión para dárseme y se me dará en la medida que yo me dé a El. Quiere que yo esté perfectamente ofrecido a El, que en El esté mi pensamiento y mi afecto, y lo quiere para poder llenar esta inteligencia mía y esta voluntad mía de su misma sabiduría y de su mismo amor. Quiere dárseme, entregárseme, y, si yo no le pongo obstáculos, se me dará y entregará de una manera tan delicada y alta y con tan inconcebible perfección que no es posible que mi inteligencia ni la de hombre alguno pueda comprenderlo ni su fantasía imaginarlo. Sólo Dios sabe las maravillas que hace en las almas que viven perfectamente la vida interior y las virtudes.

En estos días voy a reflexionar, ayudado del Señor, y según las pobres fuerzas mías, en esta materia, la más grande y hermosa, la más alucinadora y espléndida. Porque aun cuando sea superior a mi inteligencia e imposible de expresar en el lenguaje humano, siempre pone en el espíritu aliento y luz más que ninguna otra.

4. Dios es inefable e inefables son sus obras y maravillas de amor. Cuanto podemos decir de Dios es como nada ante su realidad infinita, porque aun acumulando todas las grandezas y hermo-

suras de la creación y cuantas el hombre pueda soñar, todas son como oscuridad y fealdad comparadas con Dios.

Conocemos la existencia de Dios infinito, pero no podemos figurarnos lo que es el Infinito en toda perfección; no podemos conocer la esencia de Dios, lo que Dios es en Sí; porque Dios, Creador de todo, supera a todo y nada tiene comparación con El. Sólo podemos tener conocimiento analógico de Dios y comprender lo que Dios no es. Dios no es imperfección ni cuanto implica imperfección. Dios no es algo palpable ni visible. Dios no es material, ni una hermosura como yo puedo imaginar, ni la luz que pueden ver mis ojos, ni la armonía que puede percibir mi oído. Dios no es un bien concreto particular limitado. Dios es la hermosura, Dios es el bien, Dios es la perfección y la bondad sin límites. Dios no es cuerpo, sino espíritu. La perfección infinita, infinita, sin límites en el poder y en el ser, en el obrar y en el entender, y su querer es obrar.

Si mi inteligencia recoge la luz y la hermosura, la bondad y el poder y todo cuanto de bello ve en la naturaleza y lo compara con Dios, es no porque admita comparación, sino para expresar de alguna manera lo inefable de Dios; sabe que todo es como fealdad y como borrón comparado con Dios, y un imperfectísimo balbucir acumulando perfecciones; pero Dios es el inconcebible, el infinito, el sin

límites en toda perfección, en todo bien y en el poder. Y todo eso infinito de sobre ensueño de toda perfección, de todo poder y de toda bondad y hermosura; todo eso tan sobre todo, que ni las inteligencias de los ángeles pueden comprender, está en mí, se me promete y se me da y quiere hacerse mío por una inexplicable maravilla de amor infinito, si yo lo pido, lo busco y no pongo obstáculo alguno.

Para esta hermosura y grandeza he sido criado. A este infinito bien estoy consagrado. Con Dios infinito en amor debe ser mi continuo trato y comunicación en amor.

Sé, Dios mío, que estás en lo íntimo mío diciendo a mi alma: Quita todos los obstáculos y yo seré tuyo. Amame abnegada y generosamente y yo tomaré perfecta posesión de Ti y llenaré tus potencias todas y tus facultades de mí mismo y de mis perfecciones como Tú no puedes ahora comprender.

Todas las maravillas de la creación externa son como desvaídos colores comparados con estas magnificencias inexplicables de Dios.

5. Hablar de Dios es lo más difícil, porque Dios es inefable, porque todos los conocimientos de los hombres son de un orden infinitamente inferior a Dios y que sólo analógicamente se pueden comparar con El. El humilde y altísimo vuelo de

la fe, en su oscuridad, nos da la mayor luz de Dios y es la mayor seguridad.

Pero aun siendo lo más difícil, es no solamente lo más santo hablar de Dios, sino lo más grande y soñador, lo más noble y alentador para la santidad, para los grandes ideales y para toda perfección.

La ilusión del ideal perfecto y feliz es la gran fuerza para realizar agradablemente las empresas humanas. Defendemos la vida con heroísmo, trabajamos por conseguir la aspiración que nos atrae y a ello nos anima la ilusión del ideal. Bien merece un ideal noble y agradable que trabaje cuanto pueda por conseguirlo.

Pues Dios está muy por encima del ideal más levantado y atrayente. Dios es la necesidad imprescindible de las almas. Dios es el que más alienta el corazón y en Dios se ha de poner toda confianza. No se puede confiar en nada de lo criado ni aun en la propia persona. Pero en Ti, Dios mío, debo tener absoluta confianza y para todo: para lo exterior y para lo interior, para las cosas materiales y del cuerpo y mucho más para las espirituales y del alma. Dios mío, en Ti confío.

Lo más grande y encantador, lo más noble y hermoso que el hombre puede hacer, es hablar de Dios, pensar en Dios, tratar con Dios y ofrecerse a Dios para llenarse de Dios.

Si estuviera en mi mano, me vestiría de her-

mosura y de luz, me llenaría de fragancia y de encanto. Si pudiese, tendría mi entendimiento fijo en las ideas más nobles y más bellas, y estaría en continuo gozo. Y como nada hay más bello ni más noble que Dios, y como Dios es la misma dicha y la misma felicidad, y el gozo y alegría perpetuo e infinito, y que comunica a todos estas maravillosas perfecciones, nada hay ni puede haber más grande y más noble y consolador que pensar en Dios y hablar de Dios; porque aun cuando sea inefable e incomprensible, pone más luz y más gozo en la inteligencia y en la voluntad y suscita más altas ideas que toda la creación, como nada puede haber más gozoso y deleitable que estar en la compañía de Dios.

El cielo mismo y la felicidad perfecta no es otra cosa que estar en la compañía de Dios y, por la visión de gloria que infunde Dios en el entendimiento, estar viendo la esencia de Dios y recibiendo vida de Dios y participando de sus atributos.

Si el cielo es conocer directamente a Dios y verse empapado en la misma hermosura y dicha de Dios, y vestido de su infinito poder, y sentir la plenitud de la exaltación de dicha ya perpetua y sin temor de perderla ni de que se disminuya, y verlo todo en Dios, también en la tierra será lo más grande y lo que más aproxima a la felicidad hablar de Dios y prestar toda la atención a Dios, y se siente esa grandeza y altísimo conocimiento, supe-

rior a toda ciencia y gozo cuando el mismo Dios comunica una luz especial al alma que le acompaña.

Pues la fe y la razón me enseñan que en la tierra estoy en Dios infinito y Dios está en mí amándome con amor sobrenatural si estoy en su gracia, y sólo Dios es digno de que ponga toda mi atención en El. En el cielo es en exaltación de gloria y de dicha; ahora en la tierra es en esperanza y en merecimiento y en continuo crecimiento en su amor; ahora en la tierra es sembrar y ganar lo que he de recoger y gozar en el cielo.

Aun sin estar iluminado con la luz de la fe, decía Aristóteles esta misma verdad enseñado por sólo su razonamiento. *Lo más grande en la tierra es hablar de Dios*, porque es la idea más alta y más noble que existe.

Santa Teresa de Jesús siendo todavía joven nos dice que nunca se cansaba de hablar de Dios y en ello tenía su gozo y que teniendo libro y soledad encontraba su gozo sin hastío ni cansancio.

6. En el cielo, el alma se hace una misma cosa con Dios en dicha, en sabiduría, en amor y contento. En la tierra también el alma que está con Dios y atiende a Dios tratando de amor con El se hace una misma cosa con Dios en gracia y en amor, pero todavía sin gloria ni sabiduría ni los demás atributos divinos. Los tiene como sembrados y en-

cubiertos; todavía no han florecido ni aun nacido al exterior.

Nada impide esta altísima y sobrenatural realidad la pobreza de nuestra naturaleza, ni la cortedad de nuestra inteligencia, ni la ignorancia de nuestro entendimiento, ni la insensibilidad de nuestra voluntad o corazón. Es Dios el que obra y está misteriosa y secretísimamente en mi alma y en mis potencias. Yo, mi alma, todo mi ser, la inteligencia del hombre más preclaro y aun del serafín más alto, somos nada y sombra delante de Dios y en comparación con Dios. El me ha hecho. Dios me ha dado y está dando las cualidades que tengo y las perfecciones que he adquirido. Dios lo es todo y el Criador de todo. Yo soy oscuridad, tiniebla e incapacidad, y si algo hay en mí, Dios me lo ha dado y me lo da. Dios es la omnipotencia y la hermosura, y me ha criado porque quiere que yo me deje vestir de hermosura y de luz y quiere unirme a su misma luz y hermosura. Si ha de haber alguna riqueza o alguna joya de bien y de amor y de alegría en mi alma, es Dios quien me la tiene que dar. Yo debo estar mirando a Dios, atento a Dios, esperando a Dios.

Dios mío, poned en mi alma la riqueza y las joyas de vuestro bien y de vuestra hermosura. No importa que yo ahora no lo sienta ni lo vea. Pero sé ciertamente que muy en secreto lo estás haciendo en lo íntimo mío; que estás sembrando

en mí misteriosa, pero abundantemente vida eterna y comunicándome de tu misma vida y lo haces de modo especial cuando yo estoy contigo y atendiendo a Ti. ¿No me ha de alegrar y animar pensar en Ti? No sabré expresarlo, porque no sé entenderlo. No sabré sostener mucho tiempo y con frecuencia una conversación sobre Ti y cómo estás y lo que haces en mí, porque excede todo esto al conocimiento humano, porque eres inefable y mi pobre vista no puede resistir tu inmenso resplandor, ni sabe balbucir ni comparar con nada digno tus altísimas e incomparables perfecciones. Sólo sé que obras en mí la obra maravillosa que no sé decir, y la manera menos indigna de decir algo de Ti es decir que eres el Infinito, el Infinito, el sin límites en todo lo que es perfección; que eres el cúmulo de todas las perfecciones, no como las que entiende mi pobre inteligencia, sino altísimas como yo no puedo figurármelas. ¿Y puede haber gozo más grande que saber que estás en mí ni darse nada como el estar contigo y el pensar y atender a Ti? Y en mis días de retiro, ¿puedo pensar o meditar en algo más consolador y de mayor contento que en esta altísima realidad? Estoy con Dios a solas. Dios está conmigo a solas. Nos estamos amando. El Infinito está poniendo en mí amor infinito. Y no necesito para esto gran inteligencia; sólo necesito recogerme y atender a El. Para llenarme de luz no necesito nada más que mirar al

sol. Aun con los ojos cerrados noto que el sol luce cuando me da en ellos. ¡Oh sol eterno, ilumíname!

7. Vuelvo a recordar el gusto que Santa Teresa tenía en tratar con Dios y de Dios. Exhorta a todos en sus libros y muy especialmente a sus Carmelitas, para quienes los escribía, a que traten con intimidad con Dios y le traten continuamente, que es traer la continua y amorosa presencia de Dios.

Este es el punto fundamental para la santidad y para la oración. La regla me dice que *ande continuamente de día y de noche en la presencia de Dios*. Si cumpliera bien esto me bastaba para tener vida muy semejante a la del cielo y también llegaría a sentir alegría semejante a la del cielo. Porque andar de día y de noche en la presencia de Dios es estar como metido y sumergido en la luz de Dios, en la placidez de Dios; es estar como envuelto y empapado en el perfume de Dios, en la dulzura y hermosura divinas. Si mi alma está en la presencia de Dios estará impregnada en la fragancia divina, aun cuando no lo sienta, porque mis sentidos no pueden percibirlo ni transmitirlo. Esta delicadísima y sobrenatural realidad es superor a mi mismo conocimiento, pero Dios lo hace.

Andar con Dios y tratar de Dios limpió y levantó el alma de Santa Teresa. Ella me dice del tiempo que estuvo enferma en Becedas: «*Procu-*

raba lo más que podía traer a Jesucristo nuestro bien dentro de mí presente, y ésta era mi manera de oración.» «Mas mi trato entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de El.» Gustaba y procuraba todos tratasen de Dios y al volver a su convento continuaba tratando mucho de Dios de modo que edificaba a todas las religiosas, pero también dice que aun siendo tan fervorosas aquellas amigas y religiosas más íntimas suyas no encontraba con quien tratar de Dios; porque sostener la conversación sobre Dios es muy difícil y hasta parece se seca el corazón y la inteligencia cuando vamos a conversar espiritualmente y de Dios con los demás.

No me extraña el dicho de Santa Teresa de que no encontraba con quien tratar de Dios. Pero tenía el deseo y tenía, además, la facilidad de hablar y sostener la conversación de El. Cuando encontraba con quien hablar de Dios recibía más contento y recreación que con todos los demás tratos sociales y expansiones. Mientras tanto, con un libro bueno que la ayudaba y en soledad, estaba atenta a Dios y le miraba con gozo y estaba en silencio recibiendo luz e inspiraciones del Señor.

Y esto también lo puedo hacer yo y quiero hacerlo con la perfección posible estos días. No sabré ni podré tener conversación amena sobre Dios cuando trato con los demás como sabía tener ella; pero ¿quién me impide estar atento a Dios

mirándole en silencio? ¿Quién me impide mirarme envuelto y lleno de Dios, infinita bondad y hermosura, y que Dios está obrando en mí sus misericordias, tanto más admirables y sobrenaturales cuanto mayor sea mi atención y fidelidad? Esto sí lo puedo hacer yo y debo hacerlo de día y de noche y dejarme llenar de Dios. Cuanto con mayor esmero lo haga, más me iré disponiendo para recibir la luz divina en mi alma hasta llegar a tener la alteza de miras en mi rectitud de intención y la veneración y el soberano acatamiento a Dios junto con ilimitada confianza y sentiré la dulzura sin igual de estar con Dios y tratar con El.

¿Quién me diera, Dios mío, que las personas con quienes trato adolecieran todas del ansia de tratar de Vos y de Vos fueran mis conversaciones? ¡Qué santa y fiel sería mi vida!

¡Qué hermosamente vestida de luz y de encanto se me presenta de este modo mi vida! ¡Qué llena de apacibilidad y de gozo! ¡Tan alta y fascinadora es la vida del alma consagrada a Dios! Pudiera resumir muy bien mi vida de religioso en esta verdad: *Estar metido en Dios, estar sumergido en Dios, estar empapado en Dios para que Dios haga mi transformación.*

8. El religioso que esté más empapado en Dios es más perfecto religioso, es más santo, tiene más virtud, participa más de Dios, está más en-

diosado. Para esto no necesito mucha inteligencia ni muchos estudios; necesito determinarme y perseverar en mı determinación para que Dios realice en mí esta obra maravillosa de mi santificación; necesito pedir al Señor fuerza para perseverar, porque si es cierto que Dios es quien me tiene que santificar con su gracia y con su amor, no es menos cierto que no me santificará Dios sin mí, sin que yo me esmere en practicar las virtudes, en vencerme, en negarme, en poner mi pensamiento, mi intención y mi corazón en Dios. ¡Dios mío, venid en mi ayuda y fortalecedme!

Porque parece que cuando un alma se va a dar determinadamente a la vida espiritual se le presentan todos los imposibles para realizarlo y que no podrá preservarse de las pequeñeces y disipaciones que la rodean ni vencer tantos obstáculos como se la presentan.

Pero sé que cuando un alma se lanza y se pone confiadamente en Dios, lo puede todo. ¿Qué no podré yo, nada como soy, si Vos estáis conmigo siendo como sois el Omnipotente? Si mi alma se pone perfectamente en Vos, ¿qué no obraréis Vos en esta alma mía? ¿Qué maravillas no habéis hecho en los santos? Y estas mismas y quizá mayores las queréis obrar en mi alma. Sé con verdad y seguridad de fe que si yo me determino y me sumerjo en Vos, y pongo mi atención en Vos, y estoy envuelto y empapado de Vos, obraréis en mí como

Infinito, como Padre de infinita bondad, como Soberano de infinita largueza, me comunicaréis la perfección y me transformaréis como yo no sé ni imaginar. Todo lo podré, pues Vos obráis conmigo.

Bella y apropiada es la frase que escribía San Juan Clímaco: *«Fiel no es quien solamente cree que Dios es Todopoderoso, sino el que cree que lo puede todo con Dios.»* ¿No está Dios conmigo? ¿No se ha hecho de verdad mío? Dios lo ha prometido, y el alma humilde y fiel sabe que por medio de la humildad, de la fidelidad y de la confianza en Dios tiene en sí todo el poder de Dios para todo lo que sea de la gloria de Dios y de la propia santificación. El Señor benignísimamente se lo ha dado.

El triunfo de mi vida y mi santidad es estar atento, sumergido, empapado en esta divina realidad y estarle amando y amarle muy a solas y muy íntimamente. Si le amo y estoy atento y empapado en Dios, en El pensaré y de El hablaré, aun cuando no tenga el encanto y la amenidad que tenía Santa Teresa cuando hablaba de Dios.

La vanidad es deseo de ser conocido y admirado por las buenas cualidades que se tengan o que se crean tener o se deseen tener. No se mira a que todas las ha dado Dios; se pretende el lucimiento propio, vida al exterior. La santidad es todo lo contrario. Mi vida santa ha de ser de reconocimiento y ofrecimiento a Dios; todas mis obras y todo yo

o todo mi ser sean para la gloria de Dios. La santidad de mi alma y lo que yo he escogido es amar a Dios adentro, muy a solas. Ver a Dios infinito dentro de mi alma, en lo íntimo, muy adentro, en la esencia y en las potencias de mi alma; usando la expresión acertadísima y poética: *de mi alma en el más profundo centro* y estarle totalmente ofrecido, atento, alabando y agradeciendo. Y veo al mismo tiempo que yo vivo en Dios, estoy metido en Dios; que estoy dentro de la vida y del mismo amor de Dios. Alma mía, ¿puedes soñar algo semejante? ¿Puede haber grandeza, o hermosura, o gozo que se parezca ni remotamente a esto? Estoy dentro de la luz, de la armonía de cielo; estoy en lo que es gozo de los ángeles y lo estoy siempre; estoy en el amor y soy amado del amor y lo estoy en todas mis actividades y en todas las manifestaciones de mi vida.

9. Y lo estoy de modo especial en la oración, y hasta cuando me lamento de que no sé orar. No sé orar, es verdad; pero sé, Dios mío, por la fe, que el estar en Vos amándoos, el estar atento a Vos y esperándoos, es ya buenísima oración, y por lo mismo estoy en muy santa oración aun cuando me lamento que no sé hacerla, porque estoy en Vos y con Vos y Vos en mí. Yo os abro el corazón y el alma y os la ofrezco para que sea morada vuestra y me la llenéis, y yo quiero que Vos seáis mi morada.

El alma aquí se está empapando de Dios. Todavía no se sienten los efectos de la unión; todavía será combatida y sentirá las distracciones y tropiezos, porque no estoy en la glorificación, sino en la tierra; pero en la oración Dios está obrando su unión con mi alma; la oración es el tiempo de especial amor, y estamos Dios y yo a solas amándonos. Esta es la grande y más noble y alta realidad.

Al mismo tiempo que es amor a solas es amor de ofrecimiento; de suyo, el amor es ofrecimiento, y según sea el ofrecimiento será la verdad del amor.

El gusto del afecto y de la emoción es la manifestación del egoísmo. Mi natural siempre le busca y le quiere, y si no le siento, juzgo mal de mi oración. El egoísmo es mal guía y me engaña, y me desaliento cuando no tengo yo el recogimiento afectuoso que pensaba tener. Buscaba mi gusto en la oración, mi amor propio; el amor es buscar a Dios y la gloria de Dios, mi amor a Dios. Mi oración será mi entrega y la aceptación. Soy de Dios y, aunque Dios me estruje y oprima y me tenga en sequedad y endurecimiento, estoy a El entregado. Estoy en la presencia de Dios, y Dios está haciendo en mí la obra que quiere y sembrando la semilla suya del modo que prefiere. Ya la hará florecer en mí. Está transformando mi alma. Esta es la verdad de mi amor: mi entrega a El y a solas con El en lo callado e íntimo; es la obra más delicada

e inefable del amor de Dios en mí. La fe me enseña que Dios es mío y para mí y está en mí amándome y dándome su amor.

10. Inmensas y heroicas en grado sumo son las obras que multitud innumerable de almas en el cristianismo han realizado con el único fin de vivir la vida interior perfecta, o sea para vivir totalmente y sólo para Dios, para mirarse el alma en Dios y mirar a Dios en lo íntimo de sí misma y llenándola toda Dios.

Estos heroísmos se realizan también hoy y los vemos todos los días. Este es también el heroísmo que yo he prometido vivir. Veo y trato tantas religiosas, hijas de familias ricas y pudientes, rodeadas en sus casas de todas las comodidades, halagadas por el cariño y estimación de su familia y de sus amistades, dotadas de belleza y de encantos, y cuando todo las sonreía, han renunciado a todo: a sus bienes, a sus comodidades, a sus encantos, a sus amistades; han renunciado a su propia libertad y se han abrazado con la pobreza y el sacrificio, y se han encerrado en un convento y han prometido obediencia; y todo para estar ofrecidas a Dios, para vivir unidas a Dios, para participar de la bondad de Dios por la gracia y el amor divino. Su única aspiración y el ansia insaciable es ser perfectamente de Dios. Se busca la soledad y la pobreza de bienes y personas para vivir en la

compañía de Dios y tener la riqueza de la virtud y del amor. Los conventos, que viven este heroísmo de perfección, se convierten en paraísos de alegría y felicidad, y las almas, en ángeles dichosos, que cantan a Dios y viven en Dios.

Santa Teresa de Jesús escribe para sus hijas que esta soledad es la que pretendió para sus religiosas y que para vivirla perfecta estuvieran desprendidas de todo y abrazasen la pobreza, porque es entonces cuando Dios llena la soledad y hace de los conventos un paraíso y una antesala del cielo; en los conventos que así viven resuenan dulzuras y armonías de Dios y están saturados de fragancia de cielo y al mismo tiempo viven la sabiduría inapreciable de la expiación de las propias faltas y de los pecados de todos los hombres.

La expiación es la sabiduría y la riqueza, que en la tierra adquiere el alma unida a Jesús, y porque está unida y es esposa de Jesús, desea y abraza la expiación en todas las modalidades del sufrimiento, como ama y abraza el sufrimiento junto con el amor, porque sólo de ese modo puede ser verdadera esposa y estar compenetrada con el Esposo. La expiación envuelta en la fragancia del amor y en lo sobrenatural de la gracia se transforma en regaladísima armonía y fragancia de cielo, y juntas, son la prueba del verdadero amor a Dios. He visto que goza más delicadamente la carmelita en su celda, careciendo hasta de una silla

donde sentarse, que del gran lujo y comodidad que antes pudiera tener en su regalo de abundancia.

11. El amor y la expiación, asentados sobre la pobreza, son la altísima y heroica realidad de haber renunciado a todos los bienes terrenos, y a las amistades, y a las disipaciones y vanidades. Pero aún pienso que no es esto bastante. He leído de algún pagano que dejó sus bienes cuantiosos para estar en soledad y gozar la paz de la pobreza; fue un héroe, pero aún no llegó a conocer ni vivir la santidad. Es héroe el que renuncia a los bienes. Para ser santo es necesario renunciarse también a sí mismo. Como yo he venido a ser religioso santo, me es necesario renunciarme a mí mismo, morir a mi amor propio y poner mi entendimiento y mi voluntad y todo mi ser en Dios, y estarme bien metido y escondido y atento en Dios, en lo íntimo de Dios, para hacer sólo su querer y para que no llegue a mi corazón ni el polvo de los hombres. Mi independencia y mi libertad es querer hacer la voluntad de Dios en sus representantes y superiores míos.

Si tengo firmeza y constancia para estar metido en lo íntimo de Dios, estaré como sembrado en El y daré frutos divinos, que son las virtudes, y el amor divino tomará perfecta posesión de mí. ¡Dios mío, que yo me niegue a mí mismo y me esconda en Vos mismo y en vuestra luz! Entonces haréis

mi transformación; y unido con Vos, mis actos serán santos, de luz vuestra y de frutos divinos.

Cuando pienso que mi obligación de religioso y de alma que viene a vivir la perfección es negarme a mí mismo o morir a mí mismo, parece pienso todo lo contrario de esta otra verdad ciertísima: Nadie puede renunciar al deseo de ser feliz, porque nuestro fin es la felicidad y todos deseamos necesariamente nuestro fin último. Pero he venido a negarme a mí mismo, precisamente en lo que me impide conseguir la felicidad; debo negarme en mis apetitos y en mi amor propio para estar más perfectamente ofrecido a Dios, para vivir el amor de Dios y la vida sobrenatural, y Dios es mi fin último y mi felicidad. Cuando me he negado a mí mismo en mis apetitos me amo en Dios, que es lo más alto y admirable, lo más glorioso y lo más razonable.

Si me amo a mí mismo prescindiendo de Dios y buscando mis gustos, me encuentro a mí mismo en todas mis miserias y no estoy en el camino de la felicidad. Si me amo a mí mismo en Dios, me encuentro en Dios, amor infinito, y en Dios y de Dios recibo toda la dicha, porque Dios me ha creado para hacerme participante de su misma vida y felicidad en el cielo. Me has llamado, Dios mío, y he venido para amarte y para alabarte y cantarte. He venido para buscarme dentro de Ti y mirarme en Ti, y a Ti mirarte en mí y ver que llenas mi

pensamiento y mis afectos todos, y que purificas mis debilidades. Ahuyenta de mí todas mis locuras, pon paz y limpieza en mi imaginación y llena mi memoria de recuerdos santos y de aspiraciones espirituales y de cielo. Líbrame de lo desordenado de mis sentidos, de mis apetitos y de mis disipaciones. Que mi atención esté en Ti.

12. Cuando Santa Teresa de Jesús empieza a poner los sólidos fundamentos de la gran santidad a que había de llegar y se esmera en desarrollar la vida sobrenatural en cuanto está de su parte, me dice que su oración consistía en estar a solas con Dios y miraba a Jesucristo dentro de su mismo pecho. Jesucristo dentro, en el corazón, era su palpitación y su amor, y por eso lo que irradiaba de ella y brotaba hacia fuera era lo que tenía dentro: el mismo Dios, Jesucristo, la luz y la vida sobrenatural, que sobrenaturalizaba sus potencias todas, sus acciones y movía su maravillosa lengua hablando de Dios y haciéndole amable.

A mí me dice: Hijo, no creas tienes tu pecho vacío; mira dentro de ti a Dios infinito, todo amor y es tu Padre. Dios te le llena.

Se veía en ella el efecto de llevar a Dios; en la entrega que de sí hacía; en la continua determinación con que le servía sin deficiencia aun cuando tuviera que luchar y pasar por encima de todas las dificultades. Se sentía tan llena de con-

fianza que con Dios todo lo podía y exclamaba: *Ya toda me entregué y di y sólo Dios basta.* Porque vivía en el Señor más que en sí misma, porque le amaba con admiración, hablaba a todos de Dios: a hombres teólogos y a sencillos; a sus monjas y a los arrieros que le acompañaban en los caminos en sus fundaciones, y escribió: «*Mis tratos entonces, con el embebecimiento en Dios, que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de El.*» «*Trataba mucho a Dios de manera que edificaba a todas.*» «*Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios; que si yo hallara con quien más contento y recreación me daba que toda*» la alegría social del mundo.

Santa Teresa tenía dentro de su pecho a Dios como brasa de fuego y salía la llama divina por su boca expresando la grandeza y hermosura de Dios y la sabiduría y perfecciones infinitas. Si en mi pecho estuviera esta brasa quemando y dando llama de Dios, también mi corazón gozaría con efectos divinos y saldrían las palabras de mi boca encendidas con el fuego de Dios y versarían sobre Dios y su divino encanto e infinita grandeza y pondrían ansia espiritual en cuantos las oyeran. La santa no encontraba con quien hablar de Dios, y yo no sé, quizá ni procuro, hablar de Dios.

Dios no es un extraño a mí; Dios no es un olvidadizo; Dios es no sólo mi Criador, sino mi Padre; el Omnipotente, mi Padre, está en mí, den-

tro de mí, dándome el ser, la vida y cuanto tengo. Y amoroso me pide que le haga lugar dentro de mi alma y de mis pensamientos; quiere llenar mi pecho de su amor y vivir en amor en mi corazón. Por eso me pide el corazón, la inteligencia, el pensamiento para divinizarme con su luz y su gracia. Tengo que hacerlo yo libremente. ¿Puede haber nada más noble y alto que dejarme llenar de la hermosura infinita, del amor infinito de Dios? Un alma santa está envuelta y empapada en esa hermosura y bondad infinitas, aun cuando le parezca está en la oscuridad, en la sequedad y sin amor. Está metida en la hoguera de Dios y hecha Dios por participación.

Quiero, Dios mío, mirarme en estos días envuelto en Ti. Quiero miraros con mirada de fe y de amor, y suplicaros humildemente me llenéis de vuestras misericordias y de vuestra bondad. Quiero abriros mi alma con toda voluntad para que realicéis la obra maravillosa que deseáis realizar, y toméis posesión perfecta de toda mi alma y de todo mi ser, y estéis en lo más íntimo de mi interior como sol que lo ilumina y embellece todo de virtud, que lo calienta todo en divino amor.

He de poner yo mi voluntad decidida en quitar los obstáculos, quitando mis apetitos y mis defectos. Si estoy ofrecido de verdad y atento, estaré también recibiendo el influjo sobrenatural de Dios y me estaré vistiendo el vestido de la gracia.

En los días de verano suele estar el cielo continuamente despejado y el sol hace sentir su calor en todos los objetos. Lo reciben las tierras buenas y húmedas y se llenan de fertilidad y hermosura; admiro la fronda de los árboles y la fertilidad de las plantas. Pongo mi mano sobre la piedra y me abrasa con el calor que ha recibido del sol. ¡Hasta las piedras se ponen abrasando con los rayos del sol! No tienen nada más que estar al sol.

Alma mía, ponte tú en estos días ante Dios, sol infinito de bien y hermosura, y te abrasarás en amor de Dios y te llenarás de su hermosura. No tienes nada más que ponerte, como la piedra, ante Dios y recibir sus rayos y te llenará de sus misericordias y hará florecer en ti las virtudes e irradiará sobre ti sus perfecciones, te inundará de bienes divinos.

13. Quiero en estos días olvidarme de todo, borrar de mi memoria y de mi imaginación todo otro recuerdo o imagen y quedarme vacío, sin nerviosismo, sino en humildad y serenidad, con sencillez y esperanza. Estando vacío de mí mismo y de recuerdos, Dios me llenará. Ni me debo inquietar por las niñerías o quehaceres que me presente mi fantasía, sino ofrecer esto mismo a Dios como obsequio mío, lo muy mío, mi pobreza y flaqueza, que puedo ofrecer al Señor y me servirá para adelantar en la vida espiritual y en la santidad.

Pero quiero, en cuanto lo permita mi flaqueza, quedarme solo con Dios, atento a Dios y Dios conmigo, mirándole dentro de mí, llenándome, como si en el mundo estuviéramos El y yo solos, El para mí, yo para El, para que me guíe, para que me empape en su luz, para sumergirme en su bondad y en su verdad.

No dejará el Señor de hacer que estos días sean para mí de grandísimo provecho ni dejará de abrasarme en su amor. La gran luz no se recibe ni de los libros ni de los hombres; Dios es quien la comunica por Sí mismo o por los libros o por los hombres. Dios la pone dentro, dentro, en lo íntimo del alma, cuando el alma se recoge y atiende dentro a Dios. Dentro tengo el Infinito, el sin límites en toda perfección, y está como yo no sé y obra lo que yo no entiendo; pero no deja de obrar maravillosamente y transformar el alma, quitando la flaqueza propia del alma y preparándola para hacer la unión de amor con El mismo. El es el limpísimo, y yo debo procurar la limpieza de mi alma. El es el santísimo, y yo debo dejarme santificar. Debo mirarme flotando, y sumergido, todo empapado como la esponja, todo lleno de Dios y respirando a Dios. El me traerá y me llevará, según su querer; El me saturará de su misericordia y de su bondad; El me vestirá de luz.

Sólo podré amar según el amor que El me dé; y sé que Dios me dará tanto amor cuanta sea la

capacidad que yo haga en mí para recibirle. Dios me llenará. Dios es el Maestro que enseña, pero es también el manantial de todo amor y de todo bien. Ninguna criatura puede tener más amor que el que Dios le dé. Para que Dios comunique su amor se le debe pedir y es necesario cultivar el recibido. Dios aumenta el amor cuando se practican las virtudes. La fidelidad, el vencimiento, la humildad, el silencio de las potencias y de dentro, son flores del amor. El silencio de admiración del alma es la más grande alabanza humana a Dios, porque en su admiración se entrega y necesariamente da obras de virtudes. Cuando veo algo maravilloso cautiva toda mi atención y me atrae y se me cortan las palabras y quedo admirado, entusiasmado en silencio.

La palabra que más puede acercarse a Dios es la admiración en silencio. La grande oración es en sumo silencio hasta de discurso. Es unión con Dios y atención a El. El arcángel San Miguel admirado dijo: *¿Quién como Dios?* ¿Qué puede asemejarse a El? Y queda la respuesta del silencio que lo abarca todo: Mi Padre, mi Creador, el Infinito, el Infinito, Dios, Dios, el Amor infinito.

Pues este Infinito, este Amor, Dios, está conmigo; es la suma Hermosura. Me ha llamado para llenarme de su hermosura, le ofrezco mis potencias para que tome posesión de ellas y de todo mi ser y me haga suyo. En silencio, de corazón, te pido,

Dios mío; en silencio estoy atento a Ti y te miro y escucho; en silencio con los ojos grandes de la fe te miro dentro de mí, sé que estás en lo íntimo mío amándome, dándome, y quiero siempre estar acompañándote y amándote. Tú eres, Criador mío, para mí; yo quiero ser todo para Ti.

Si eres mío y estás en mí y para mí, dame las misericordias que has dispuesto darme y prepárame para que yo me prepare y pueda tomar posesión de mí y florezcan en mí las virtudes que Tú tienes que hacer florecer. Dame luz y voluntad de querer en estos días para que me llenes de tu fragancia. Eres mi Padre, yo pongo toda mi confianza en Ti y espero terminarás la obra que has empezado fortaleciendo mi flaqueza, y poniendo en mí la decidida determinación, no para salir santo de estos días de recogimiento—que no se hace uno santo en ocho días—, sino para luchar sin desfallecer y sobreponerme a mi cansancio y a todos los obstáculos que se me presentarán.

14. Los santos no se hicieron sin tropezar; cuando escribieron ellos sus propias vidas nos lo dijeron. Los santos no se hicieron en un momento; pero no se desalentaron, no dejaron ni aun acortaron su oración; fueron humildes y constantes y pusieron toda su confianza en Ti, y Vos les hicisteis santos. Y fueron tan santos cuanto confiaron y esperaron serlo. ¿Por qué no he de confiar y

esperar que lo seré yo? ¿No estoy cierto, Dios mío, de que quieres esto de mí y para esto me llamaste? La desconfianza y desaliento es falta de humildad y es, además, soberbia. Porque es como pensar que quisiera serlo por mí mismo, sin necesidad de depender de Ti ni de que Tú me dieras la santidad. Pero Tú eres mi Padre amantísimo y te pido con toda humildad y con no menos confianza que me hagas santo y que yo me deje hacer como Tú tienes determinado. Nada soy. Quiero dejarme como un niño pequeñito en tus brazos de Padre. Si me dejas solo, en seguida doy conmigo en tierra. Llévame en tus brazos y estréchame fuertemente en ellos y comunícame tu amor y fortaleza santa. Confío harás florecer las virtudes en mi alma.

Porque confío en Ti, Padre amantísimo, te entrego mi corazón, te entrego mi entendimiento y voluntad, quiero sean tuyos y para Ti mis pensamientos y afectos. Te entrego sin reservas todo mi ser con todas las debilidades y deficiencias, para que me las conviertas en fortaleza y perfección.

Cuando un hijo de familia ha gastado un vestido y lo ha roto, los padres que pueden le dan otro limpio y nuevo. Tú eres mi Padre y sabes necesito un vestido nuevo de gracia y de amor. Ves los rasgones y manchas que he puesto en mí; ves lo astroso que lo he puesto; dame vestido nuevo. Haz

en mí tu obra; transforma mi alma en tu amor, pues sólo Tú puedes hacerlo.

Porque al llamarme Dios a la vida religiosa para ser santo me ha llamado para la unión de amor con El y es necesario que el Señor transforme mi alma. La transformación del alma en amor es una obra superior a mis fuerzas y superior al poder humano. Sin embargo, Dios lo quiere hacer en mi alma y quisiera hacerlo en todas las almas; mas no puede hacerla sin mi cooperación y esfuerzo. Ni puede merecerse la transformación por ser la obra maravillosa de la gracia. Pero Dios la hace en el alma que coopera a sus inspiraciones y confía en el Señor. Yo no sé cómo se hace, pero el Señor me dice lo que he de hacer para hacerla El. Dios mío, que yo me ponga en vuestras manos para que me labréis y transforméis. Que yo ande sumergido en vuestra hermosura y bondad, en vuestro amor deleitable y me unáis a vos en amor y hagáis esta transformación de amor en mi alma. Esto me hará ser perfectamente de Dios en amor. Seré de Dios; el Infinito se habrá hecho mío.

En estos días no pretendo discurrir mucho, sino estar mucho con Dios. Dios y mi alma; mi alma y Dios solos y a solas. Dios es la palabra viva, y la verdad esencial y la bondad-amor y me hablará, y se mostrará a mi alma y me comunicará bondad y amor. Dios dentro de mí. Yo dentro de Dios. Dios para mí, y yo para Dios. Dios infinito. Yo un

átomo de nada de este mundo exterior criado para Dios. Pero debo y quiero ser un átomo lleno de Dios y que canta las alabanzas a Dios. Dios mío, llena estos mis deseos, que son los vuestros; fortalece esta mi flaqueza para que dé realidad a estos santos deseos y a tu voluntad santísima. ¿No me llamaste para ser tuyo? ¿No me llamaste para vivir tu amor? Y si para vivir tu amor, para estar en todo a Ti ofrecido.

Pon dentro de mí esta luz sobrenatural y este calor sobrenatural para que esté siempre atento a Ti; me mire dentro de Ti, en todo conforme con tu querer. La voluntad de Dios sea la mía y su amor el mío y El haya tomado posesión de mí.

No me he de contentar con vivir en la casa de mi Padre celestial, sino que he de esconderme dentro de El y vivir en su mismo pecho, en su mismo calor, en su misma vida, en su hermosura y su gozo.

Dios mío, ¡vivir en Vos mismo! ¿Cómo os daré gracias por la misericordia que conmigo habéis tenido? Dios mío, ¡vivir en vuestro mismo amor! Y que vuestro amor sea la sabiduría que me enseñe a apreciar los actos como son en sí y delante de Vos, no como los ven los ojos del cuerpo, ni como los estiman o juzgan los hombres, sino como son delante de Vos y en vuestro divino aprecio. ¡Qué gozo experimentaría entonces mi alma de día y de noche! Pueda ser que el Señor

me conceda en estos días, como a Santa Teresa, que hable continuamente de Dios sin cansarme yo y siendo las delicias de quienes me escucharen y en ello estuviera mi gozo.

¿No me ha llamado y llama a mí el mismo que la llamó a ella? ¿No quiere hacer en mí la misma obra que hizo en ella? ¡Que yo me decida como ella se decidió! Dadme esta gracia, Dios mío. Que yo sea vuestro, que toméis posesión de mi alma. Que yo pueda decir con toda confianza: Eres mío, mío.

SEGUNDA LECTURA - MEDITACION

DIOS ESTA EN MI. YO ESTOY EN DIOS. DIOS SERA MI FELICIDAD ETERNA

15. Busco a Dios; deseo amar a Dios cuanto puedo. Me recojo en Dios mismo. Miro a Dios dentro de mí y envolviéndome. Dios está en todo. Este momento es el más adecuado para decir con San Agustín: Te busco, Dios mío; te busco invocándote, llamándote, suplicándote; te llamo y te suplicaré, porque sé que eres Tú quien ha despertado mi corazón y puesto en él un grande deseo de tenerte y amarte. Te llamo y suplicaré para que aumentes en mí estos deseos y me llenes el alma con lo inefable de tu amor y con tu presencia. Me has dado la fe en Ti y me abrasaste con el deseo de amarte sobre cuanto puedo entender; Te busco para amarte y sé que estás en mí amándome. Deseo amarte sobre toda luz, sobre toda belleza,

sobre cuanto se puede soñar y entender, porque infinitamente más que todo eso y sobre todo eso eres Tú, Dios mío. Me llamaste y he venido para amarte y estar en todo ofrecido a Ti haciendo tu voluntad. Tú has hablado a mi corazón y no sé si te amo, pero deseo amarte sobre todo lo amable y más que a mí mismo. Para amarte he venido a estar Contigo.

He venido al recogimiento buscando a Dios para vivir amando y alabando a Dios y de tal manera quiero amarle que el amor me una a El y haga una sola cosa con El inseparablemente. El Señor me ha llamado con su amor y ha puesto en mí noticia de El mismo, que es la verdad y el amor y una hermosura y un gozo y encanto sobre toda delicia que se pueda soñar. Dios es mi esperanza y El me dará fuerzas para conseguir lo mismo para que me ha llamado.

La vida del alma santa es estar en Dios y vivir en Dios amándole con todo el amor de que es capaz. El amor y la unión de mi voluntad con la divina se ve en la fidelidad de las obras. El religioso en su convento debe ser santo, pues para ser santo se ha consagrado a Dios. En estos días de retiro y en este momento de oración me recojo más íntimamente a solas con Dios para amarle muy callada, pero muy eficazmente, con todo mi amor. Me sumerjo con toda atención y humildad en Dios para estar empapado en su amor y bondad. Estoy

a solas amando a Dios en el mismo Dios, pero de tal manera que le amo con el amor de todas las criaturas de la tierra y del cielo y le alabo con la alabanza de todas, y me gozo de que todas le amen y se gocen en Dios. Que el amor de Dios da más gozo cuanto son más los que le aman, y todos se gozan en el gozo de los otros como si fuese suyo propio.

Mi elección ha sido ser siempre y en todo de Dios y haberle ofrecido mi corazón. Ha sido misericordia grande del Señor haberme dado que le escogiera a El, y fuera yo su alabanza y víctima amorosa de expiación. Soy su alabanza unida a tantísimas almas como le alaban y aman, y expían por sus propias ofensas y por los desvíos y ofensas de cuantos no le aman y le ofenden.

Aspiro a ser perfectamente de Dios. Esta vida que he escogido de darme cuenta que estoy en Dios, de mirarme a mí mismo en Dios y a Dios en sí, con reverencia, alabanza y gozo, ya es amar a Dios de todo corazón, porque es hacer la voluntad de Dios, pues sé que hace la voluntad de Dios el que guarda sus mandamientos, el que está perfectamente entregado.

16. ¡Cuánto pronuncio la palabra amor y cuánto deseo amar a Dios con todas mis fuerzas! El amor no es una palabra vacía y sonora. El amor a Dios en la tierra no es ni emoción ni ebullición,

3

ni es un gozo, aun cuando puede serlo y el más grande. El amor es la entrega al querer de Dios, es la unión con su voluntad; por el amor se ama el sacrificio y se estima la prueba y la sequedad y oscuridad. El amor es la aceptación; Dios recibe el alma, y el alma acepta todas las disposiciones de Dios, por contrarias y dolorosas que sean. Dios se entrega al alma por el amor en la tierra, pero no es entrega gloriosa ni gozosa, sino misteriosa por la gracia. Al entregarse Dios al alma pone la inmensidad de su amor, pero la glorificación queda para el cielo.

Yo estoy recibiendo de Dios la vida del cuerpo y del alma, la natural y la sobrenatural de la gracia. Dios pone en mí el deseo de amarle y de crecer en el amor hasta transformarme en su amor. No sería yo fiel al Señor si no pusiera todo mi esmero y toda mi cooperación para crecer en el amor practicando las virtudes.

Estoy en Dios. Dios obra en mí. De Dios recibo cuanto soy y cuanto tengo. Vivo a Dios haciéndome cada día más de Dios y Dios más mío. El alma se hace más de Dios y Dios más del alma por el amor. Es Dios el que pone y sólo El puede poner su amor en el alma. El amor de Dios es el que transforma el alma y la une con Dios. Dios hace al alma participante de Sí mismo, de su naturaleza y de sus perfecciones por la gracia. Por esta realidad de Dios presente en mi alma no sólo na-